

bre y mas que hombre á la vez ; quimera es pretender que la razon humana por naturaleza limitada se convierta en ilimitada ó de órden superior , ó que sus efectos sean ilimitados é incircunscritos. Las esencias de las cosas son inmutables ; y el efecto siempre será proporcionado á la causa , y no superior á ella. Nuestros filósofos habrian de saber y poder fijarnos el grado de *perfectibilidad* á que puede y debe aspirar la razon humana para que todo hombre viviente hiciese esfuerzos para llegar á ella. Mientras esto no hagan , sus utopias serán risibles.

Todo lo que rodea al hombre y el hombre mismo es un misterio para sí ; todo son lecciones que le predicán su ser limitado , sus alcances circunscritos , su impotencia é incompatibilidad para el conocimiento de muchas verdades. Aunque nos complacemos en ver los progresos que ha hecho el entendimiento humano en la física , mecánica y en otras ciencias naturales , á fuerza de racionios sobre hechos experimentales ; en este mismo terreno , ¡ cuántas vallas imposibles de saltar , cuántas nubes impenetrables se le presentan , que le cortan el atrevido vuelo ! Un granito de arena en su divisibilidad le confunde , un rayo de luz del sol le deslumbra , se pierde en el espacio que atraviesa , las causas de cien fenómenos que brillan á sus ojos , de mil efectos que palpa en los seres criados son para él otros tantos enigmas indescifrables. El entendimiento humano ni á sí mismo se conoce. Descubre que el alma es espiritual ; pero , en qué consista , qué cosa sea esta sustancia espiritual , cómo emite sus operaciones , en qué manera ejecuta sus comunicaciones ó influencias con los sentidos , y las recibe , he aquí otros tantos arcanos que no penetra. Y si en el círculo de las ciencias naturales á cada paso tropieza en escollos que le embarazan sus escursiones , ¿ osará levantarse á regiones superiores y sobrenaturales sin verse ofuscado por las nubes de la incertidumbre y oscuridad , ó caer y hundirse en la sima del error ? « Cuanto mas me esfuerzo en contemplar la esencia infinita , decía Rousseau apologista de la razon ;

menos la concibo ; pero cuanto menos la concibo , mas la adoro : el uso mas digno de mi razon es anonadarse delante de aquella. » El mismo , cuando la razon ejercia imperio sobre sí , confesaba , que , si la religion natural (que es la misma razon) es insuficiente , consiste en la oscuridad en que nos deja de las grandes verdades que enseña . « A la revelacion , *continuaba* , toca la enseñanza de estas verdades de un modo perceptible al entendimiento humano , ponerlas á su alcance y hacérselas concebir para que las crea (11). » Tambien Bayle impelido por la fuerza de la verdad confesaba : « Nuestra *razon* no sirve mas que para embrollarlo todo , para hacer dudar de todo. No bien ha edificado una obra , cuando nos presenta los medios de arruinarla. El mejor uso que puede hacerse de la filosofia es conocer que es un camino estraviado , y que debemos buscar otra guia , que es la luz revelada (12). » Cuando los padres de la humanidad , ambicionando los honores divinos , trataban de deificar su *razon* comiendo el fruto del árbol de la ciencia , segun el dictámen de una superior inteligencia caída , que les decia : *sereis como Dioses sabiendo el bien y el mal* ; entonces fué , cuando destituidos de los dones sobrenaturales , convencidos de su insuficiencia y miseria , confesaban candorosamente su *desnudez* ante la presencia divina , y recibian las luces de la revelacion para saber gobernarse.

La *perfectibilidad racionalista* es todavía mas quimérica en el órden moral. No son nuestros filósofos modernos los inventores de este sueño pintoresco : desde el siglo cuarto los pelagianos , y antes Celso , Luciano , Porfirio y otros , refutados por los padres de la Iglesia , pretendian que el hombre podía perfeccionarse con las luces de la razon y las fuerzas de la naturaleza , sin un concurso sobrenatural. Pero una luctuosa experiencia de aberraciones y delirios especulativos y prácticos por el espacio de seis mil años ha hecho palpable que el hombre de por sí solo sin un auxilio superior no es capaz de levantarse caído , ni de sostenerse levantado , ni de disipar las tinieblas que rodean su entendimiento y le ocultan el sendero de lo justo y

honesto. Las viciosas pasiones pujantes, las preocupaciones de la fantasía orgullosa, los malos ejemplos de la licencia, las falsas opiniones del libertinaje, la espantosa debilidad humana y los limitados alcances de su razón son otras tantas barreras que le cruzan su marcha progresiva hacia la perfectibilidad moral. Confesó esta verdad enseñado por la experiencia el mismo Cicerón. «Ahora, dice, la naturaleza nos da á nuestros hijitos inocentes; y aceleradamente los circundamos de tan malas costumbres y opiniones depravadas, que jamás les aparece la luz de la razón;... apenas nacemos y nos recibe el mundo, que continuamente nos hallamos en toda maldad y en la suma perversidad de las opiniones, de manera que parece hayamos bebido el error con la leche de la nodriza. Devueltos ya á nuestros padres, y despues entregados á los maestros, de tal manera somos imbuidos en varios errores, que la verdad cede á la vanidad, y la misma naturaleza á las opiniones inveteradas... Lo propio sucede, cuando el pueblo y toda la multitud, como el mayor de los maestros, consiente en los vicios: entonces ciertamente nos inficionamos con la pravedad de las opiniones, y nos apartamos de la misma naturaleza (13).» Cual haya sido la moral que enseñaban y seguían los mas morigerados filósofos de la gentilidad, lo hemos visto; y no sería difícil hacer ver que muy poco discrepaba de ella la que dictaban los racionalistas del siglo pasado.

¿En qué consiste la perfectibilidad, de que blasona la filosofía del siglo presente? ¿Ha rectificado en algo los estravíos de sus maestros? Vámoslo á ver rápidamente. Al rayar del siglo XIX vemos al *sensualismo* de Condillac, de Garat, de Volney, ó de Laromiguière trocado por Carlos Fourier y San Simón en un *sensualismo* enteramente nuevo, en la *rehabilitación de la carne*, en un *misticismo sensual*: este era el cristianismo de San Simón, este el paraíso de Fourier con el nombre de *fanlansterio*. La nueva religión no pudo sostenerse contra las primeras sonrisas de la ironía; su moral pareció desde luego sospechosa á la conciencia pública; el gobierno francés principió

á alarmarse, é introducida la desunion entre sus apóstoles y el núcleo del *gran colegio*, la nueva iglesia naufragó. Fraccionado el *sansimonismo*, pulularon algunos vástagos, el *catolicismo demagógico* de M. Buchez, el *progresismo* continuo de la humanidad de los panteístas Pedro Leroux, Juan Reynaud y Carnot, el *socialismo* escéptico de Victor Considerant, de Roux-Lavergne, Charton y otros, y el *comunismo* del incrédulo é impio Proudhon, cuyo principio fundamental es: *la propiedad es un robo*. Tambien estas escuelas socialistas perecieron en Francia, y en este naufragio una sola hace esfuerzos en la actualidad para salvarse nadando, la *positivista* del ateo M. Augusto Comte. Este filósofo por amor á la sencillez ha fundido todas las escuelas socialistas, y ha dicho: «para llegar á la unidad es menester suprimir á Dios, y de ese modo ya no hay ideas absolutas en la ciencia, todas serán relativas: no habrá mas metafísica que la de la naturaleza. Suprimanse tambien los seres morales, ó el espíritu, y no conservemos mas que la materia, y entonces ya no habrá mas fenómenos de conciencia, ni psicología, ni ideología: solo nos quedarán las ciencias matemáticas y físicas. Todavía no habremos llegado á la unidad: suprimanse pues los objetos de esas, el espacio y el tiempo, la materia en sí, la esencia de los cuerpos, las causas de los fenómenos y cuanto escapa á los sentidos, y entonces nos quedará el puro *materialismo* ó *sensualismo* (14).» ¡Qué admirable *perfectibilidad* de la razón! ¡Qué asombroso *progresismo* de la filosofía del siglo XIX!!! Ya no tenemos necesidad de Dios, ni del alma, ni de la libertad: ya no hay responsabilidades, ni derechos, ni orden moral, ni ciencias, ni religion. Todo es un puro mecanismo; el fin del hombre es el fin de las bestias; su destino, su felicidad la pura brutalidad!

¿Cuáles son los adelantamientos intelectuales de la moderna filosofía racionalista? Kant y Hegel, filósofos alemanes, han hecho revivir un nuevo *racionalismo* en algo parecido al *racionalismo* de los protestantes del siglo XVII, cuyos fundamentos echó el inglés lord Eduardo Herberto Cherbury. Los filósofos

franceses contemporáneos han acogido con aplausos las utopías de la filosofía alemana; aunque en explicarlas sus opiniones son divergentes. El Sr. Cousin á fuerza de raciocinios ha encontrado en la razón humana y la razón divina la idea de lo infinito, la idea de lo finito y de sus relaciones, los mismos elementos, los mismos procedimientos, por consecuencia una perfecta identidad; y según él la Revelación no es más que el efecto producido por la facultad de inspiración *elevada á su más alta potencia*. Es decir, que, según este filósofo, el hombre es Dios, y Dios es hombre, y de consiguiente tenemos tantos dioses cuantos son los hombres. El Sr. Jouffroy presenta el cristianismo como una institución ya degradada en nuestra época, y despertada que sea la razón, debe elevar un nuevo dogma sobre las ruinas del antiguo. Tenemos pues, según este, que hasta ahora la razón ha dormido y el cristianismo ha dominado; y que de aquí en adelante la razón dominará y el cristianismo dormirá. El señor Michelet, autor de una filosofía histórica, no admite más que una pugna entre la libertad y la fatalidad. El Sr. Lherminier, sosteniendo la soberanía del entendimiento humano y su incremento progresivo é indefinido, afirma que la razón de las cosas está en el entendimiento humano, y que la filosofía sigue preparando para las sociedades otras creencias y otros símbolos cuando la religión se para. El Sr. Guizot admite la soberanía de la razón individual, y no ve en la civilización más que el producto del incremento de las facultades humanas. El señor Lamennais, admitiendo la movilidad de toda verdad en el sentido de que puede volverse en error, ha destruido toda la inmutabilidad de aquella, y sujetado la fe á los progresos de la razón. Finalmente para los señores Strauss y Remusat la razón y solo la razón lo es todo: Dios es nada, y la religión es una especie de falta de sentido (15). Todos esos escritores tienen sus prosélitos.

Ahora pues, en vista de esta serie de paradojas tan chocantes, tan encontradas, tan vergonzosas de la filosofía escéptica del siglo presente, que desprecia las luces de la revela-

ción divina, ¿como osa envanecerse hasta el punto de proclamar el progresismo ilimitado de su razón, su perfectibilidad y su deificación? ¿Sesenta siglos de errores, de desvíos y de tropiezos no son una experiencia suficiente para convencerla de la debilidad, cortedad é impotencia de su razón para llegar á aquella perfección científica y moral indefinida á que altiva aspira, y que solo compete al Ser Supremo? ó ¿pretenderá alcanzar en lo venidero lo que no ha podido en seis mil años? ¿Podrá á punta de raciocinios mudar las esencias de las cosas, hacer lo finito infinito, y vice-versa?

Si bien es innegable que tenemos naturalmente una idea positiva de la existencia de Dios y de algunos de sus atributos, deducida de las cosas criadas; mas esta idea es abstracta, no intuitiva, y de consiguiente no podemos comprender con la sola razón todas las verdades que debe abarcar un símbolo religioso y un culto digno de esa Majestad infinita. ¿Quién con la sola razón hubiera podido descubrir el misterio de la Trinidad Santísima de las personas divinas en la unidad de la esencia? ¿la rectitud de la divina justicia, y el modo de aplacarla indignada? ¿Quién hubiera podido penetrar los arcanos de la voluntad de Dios para leer en ella cual es el culto de su beneplácito con que se debe honrarle? Nadie: la razón humana, que no puede penetrar el pensamiento y la voluntad de otro hombre, mucho más carece de alas para engolfarse en aquel seno inaccesible de la esencia infinita y voluntad de Dios. Pues bien: gloriándose el racionalismo de poder alcanzar de por sí sin la revelación divina todas las verdades religiosas necesarias, ó eleva la razón humana á un ser infinito capaz de conocer las verdades y la voluntad de Dios infinito; ó declara innecesario el conocimiento de ellas, y entonces adorando en Dios una sola persona, según las inspiraciones de su razón natural, y dándole un culto, que no es según la voluntad del Ser Supremo adorado, incurre en la idolatría y en la superstición. Lo mismo decimos de las verdades ó preceptos morales contenidos en su ley eterna.

Un análisis del sistema racionalista ha de poner en claro su absurdidad. ¿En qué consiste este sistema? Unos le hacen consistir en la soberanía de la *razon individual*, otros en la de la *razon universal* de la humanidad, y otros en el progreso de la razon particular, ó solo de las inteligencias distinguidas. Ocupémonos en examinar esas opiniones. La soberanía de la *razon individual* es un absurdo. En esta hipótesis un solo hombre debe estar en posesion de la verdad, y su *razon* debe ser la directora de la humanidad, que la ha de conducir á sus altos destinos; porque la verdad es una, que no puede fraccionarse y dividirse en muchas partes; y si me decís que muchos sugetos pueden estar en posesion de ella, entonces desaparece la soberanía de la razon individual, y es mas bien la razon de muchos, ó la no soberanía individual, porque muchas soberanías bajo el mismo respecto repugnan, pues en este caso ó ninguna razon individual es soberana siendo todas iguales, ó todas lo son; y entonces todas tocan en el término de lo infinito en que una no puede superar á las otras; y he aquí un nuevo politeísmo. Y si se admite la paradoja de que un solo hombre puede llegar al conocimiento de todas las verdades existentes y posibles, y de consiguiente que su razon individual es la soberana, tendremos que este hombre es Dios.

La soberanía de la razon universal de la humanidad en su rigurosa acepcion fuera de la fe no es menos quimérica y absurda. ¿Quién será capaz de producir en todos los entendimientos de todos los hombres pasados, presentes y futuros un mismo conocimiento universal sobre toda materia, sobre toda verdad, un consentimiento absoluto? ¿no es un axioma inconcuso en la ciencia espermental de todas las edades, que *quot capita tot sententiae*: que los pareceres de los hombres, fuera de la esfera de los primeros y evidentes principios de las ciencias, son tan diferentes como sus semblantes? ¿no es una quimera pretender poner á todos los rudos al nivel de los conocimientos de los talentos privilegiados é ilustrados? ¿al salvaje al compás del hombre civilizado? Y si esa hipótesis fuese admi-

sible, ¿no tendríamos entonces en campo al panteísmo? ¿la razon humana universal identificada ó convertida en Dios, capaz de llegar á los alcances de Dios y de conducirse á sí misma y á la humanidad entera á sus altos destinos sin necesitar de Dios? «¿Quién puede ocupar el lugar de la verdad religiosa, ha dicho el Sr. C. de Remusat, reemplazar á la tradicion y aventajar á las costumbres? La razon sola... elevad la razon, y será la filosofía (16).» ¿Y no es esto la deificacion de la razon? ¿el mas grosero panteísmo?

¿Será tal vez esa soberana la razon de la categoría de las inteligencias, de la comunidad de los sabios? Entonces saltais de laberinto en laberinto, de paradoja en paradoja. ¿Quién será en esta teoría el protosabio que haya de examinar á los miembros de esa comunidad, admitirlos en ella y fijar su número? ¿cuál el termómetro que señale el grado de inteligencia y erudicion, de que deban estar dotados los individuos de esa categoría de *razones*? ¿Como los orgullosos talentos del *racionalismo* no empiezan por darnos ejemplo poniéndose de acuerdo en un sistema comun, y no dividiéndose en tantos partidos, en tantas teorías absurdas y contradictorias? Su soberbia jamás consentirá en amoldarse al parecer de otros sus consocios que se jactan de tan sabios como ellos. Y aunque sus pareceres fuesen convergentes hácia un mismo punto, siempre tendrian al frente otra categoría ó comunidad de sabios del catolicismo que los redargüiria de su insensatez.

Esa teoría de la soberanía de la *razon particular* ó *general relativa* abarca los mismos absurdos que las precedentes de la *razon individual y universal*. Porque, ó sostiene que la razon de esa comunidad ha llegado ya á un grado de complemento y perfectibilidad, que la pone en estado de aspirar con sus propias fuerzas al conocimiento de todas las verdades que el hombre habia aceptado en otro tiempo como provenientes de un origen divino, y comunicadas por la revelacion, y aun á una inteligencia todavía mas elevada, como pretende Hegel; y en este caso caemos de nuevo en el panteísmo: ó defiende el pro-

gresismo indefinido de la razon de Jouffroy, Lherminier, Lamennais y otros, y hénos aquí en un nuevo caos del que es difícil salir. Desde luego, esta hipótesis de las doctrinas progresivas y de la verdad móvil tropieza en un escollo inevitable; pues supone que las verdades y las doctrinas no son eternas, sino producto del raciocinio del entendimiento humano. Error clásico, que se refunde en la misma divinización del entendimiento. Antes de concebir la existencia de todo entendimiento humano existen ya independientemente de él las verdades. Aunque todos los hombres dejasen de existir, serian verdaderas é inmutables estas proposiciones: dos y tres hacen cinco; los diámetros de un círculo son iguales; el triángulo no puede ser cuadrado; no es posible que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo; el daño que no quieres para tí, no lo hagas á otro; el Criador debe ser amado por la criatura. Luego existe una verdad real, eterna é infinita, fundamento y origen de todas las verdades, en donde se hallan todas eminentemente, puesto que la verdad no es una ilusion, y la nada no puede ser fundamento y origen de la verdad. Ahora bien: en la teoría de las doctrinas progresivas y de la verdad móvil, estas son producto de la razon *elevada á su mas alta potencia*; luego, siendo las verdades eternas, la razon que las produce es eterna, es Dios. Agréguese, que en esta hipótesis lo que hoy es *verdad* podria mañana volverse *error*, lo que hoy es *virtud* mañana declararse *vicio*, y así nada habria fijo é inmutable y todo seria una contradiccion perenne, una incesante á la par que ridícula metamórfosis. Y si á eso contestan, que la razon no produce las verdades y doctrinas, sino que las descubre á fuerza de perfeccionarse, contestaremos: que admitiendo nuestros filósofos ese progreso y perfectibilidad hasta un punto indefinible, y siendo las verdades infinitas, como infinita es la verdad esencial, en quien se hallan como en su fundamento y origen; tendríamos que la razon humana de suyo finita púdiere llegar á adquirir un ser y potencia infinita. Queda pues demostrado que todos los esfuerzos de la filosofia racionalista son conver-

gentes hácia la divinización de la razon, hácia el panteísmo.

El racionalismo conduce al escepticismo. Es una ley constante de la razon humana variar en sus opiniones: hasta ahora, fuera de los primeros y evidéntísimos principios de las ciencias, los filósofos no han conseguido ponerse de común acuerdo en la mayor parte de las cuestiones que se han agitado en todo género. Pues bien: supongamos que nuestros racionalistas se hallan encontrados en varios puntos de religion y de moral. ¿Quién será el juez infalible que falle sobre las cuestiones? ¿la razon? esto es una peticion de principio, es una falacia: es la razon la que dicta á cada partido su opinion, y cada uno de los partidos blasona de valerse solo él de las reglas ciertas de la razon. Hénos pues aquí en un caos, en el pirronismo. Y como las opiniones pueden ser tantas y tan variadas, cuantas son las *razones individuales*; síguese de aquí que la verdad puede estar solo en un individuo, y todo el mundo en el error; y hé aquí que desaparece la moral, desaparece el culto, desaparece la religion, Dios, la sociedad, y el mundo entero se ve sumido en la anarquía. Ved pues la necesidad de un Dios que hable y ponga silencio al orgullo de la razon, fije la moral, determine el culto, ponga orden á la sociedad, y conduzca al mundo con una regularidad constante á sus destinos.

A tal punto ha llegado la obcecacion de la filosofia incrédula, que ha pretendido negar á Dios una facultad que concede al hombre. «La revelacion, *ha dicho*, es imposible, porque Dios no puede revelar al hombre unas verdades que esceden á su capacidad; las verdades reveladas son misterios, y el misterio es incomprendible para el hombre; y si llega á comprenderlo será misterio y no misterio á la vez, lo que envuelve contradiccion. Además para dar crédito á la revelacion, Dios debiera hacerla inmediatamente á todos los hombres (17).» ¿Qué temeridad! El Dios omnipotente y omnisciente, que hizo la lengua, dió al hombre el don de la palabra, le dotó del órgano del oido y de inteligencia para entender y ser entendido, oír y ser oido, ¿no podrá hablar? ¿ni hallar manera de hacerse

entender del hombre? Aquel Dios, que se hace oír por la voz de los vientos, por el bramido de las olas, por el estallido de los truenos, ¿carecerá de medios para hacerse oír de sus criaturas cuando le plazca? Aquel Dios que nos revela su indignación con las lenguas de fuego de los rayos y volcanes, con el idioma espresivo de las inundaciones, de las epidemias y de cien otros castigos ¿será impotente é incapaz de darnos á conocer su voluntad y manifestarnos las verdades que sean de su agrado? Los hombres que son hechura de Dios pueden mutuamente comunicarse sus ideas, sus planes, sus descubrimientos, las verdades que conocen; revelarse la existencia de seres y fenómenos, cuya esencia y propiedades desconocen; ¿y á Dios, que formó y dirige los órganos de los hombres, le negaremos la facultad de hablarles, de hacerse oír y entender de ellos, y de revelarles la existencia de altísimas verdades que solo él comprende? ¿acaso para creer en la existencia de una verdad es necesario comprenderla? Vosotros, ó filósofos, veis al sol que os ilumina, y la noche que os cubre de tinieblas; y ¿no creereis ni en el día ni en la noche hasta que esta misma luz y la acción que ejerce sobre vosotros deje de ser un misterio para la filosofía? ¿No creereis en el movimiento de los planetas, en el árbol que vegeta, en las flores que matizan los campos, en el insecto que se arrastra por el suelo, en nada de cuanto se admira en la naturaleza, y menos en vuestra propia existencia, porque estos grandes objetos son para vosotros un abismo de misterios? Porque el ciego de nacimiento es incapaz de conocer y comprender la existencia de la luz, sus fenómenos y la variedad y hermosura de los colores ¿podrá decir sin temeridad que no hay luz ni colores, y que su existencia es imposible? Porque yo no he visto el Escorial de Madrid, ni otra de las maravillas del mundo, obra de los grandes ingenios que esceden mi capacidad, ¿osaré negar su posibilidad y existencia?

Hay pues verdades incomprensibles por la capacidad humana, de cuya existencia dudar sería una insensatez, porque la

experiencia, la autoridad, el sentido íntimo y otros argumentos nos dan de ellas una evidencia exterior innegable. El misterio revelado por la parte revelada, esto es, en cuanto á su existencia y á la verdad manifestada por la revelación y conocida por el entendimiento humano, no es misterio; como no lo es la luz en su existencia y en los efectos que produce: pero es misterio la verdad sobrenatural revelada en su intrínseca naturaleza, porque escede la comprensión de la limitada razón del hombre, cual lo es para la misma la luz en su esencia, movimiento y en las causas de sus fenómenos; y en esto no hay implicación alguna. Jamás la filosofía de Bayle y Rousseau podrá probar con sus sofismas, que lo que es sobre la razón es contrario á ella; y de consiguiente que los misterios, cuya comprensión esceden las fuerzas de la razón, son contra la misma. El mismo Bayle asienta esta regla: «una cosa es que tú no comprendas la posibilidad de un objeto, y otra que comprendas su imposibilidad (18).» Lo primero es negativo, ó una nada; y la nada jamás puede probar algo, cual sería el demostrar que haya contradicción en los misterios. Lo segundo es positivo, y sería la misma demostración de la contradicción en los misterios, esto es, que son y no son bajo un mismo respecto; cosa que jamás han hecho ni podrán hacer nuestros filósofos. Cuando Locke miraba el sol, sin duda percibía una noción clara de la existencia de este astro del día, y una idea á lo menos incompleta y oscura de lo que es, sin que por esto fuese necesario que comprendiese los términos de las proposiciones y sus mutuas relaciones, que enunciaran su esencia, propiedades y magnitud, como él requiere para dar asenso á alguna verdad.

La razón del verdadero sabio dicta que, probada una vez la existencia de los objetos, por cuanto sean misteriosos, debe admitirse y ser creída; de otra suerte caeríamos en una contradicción manifiesta, mientras creeríamos que tales objetos existen, pues su existencia es demostrada; y al propio tiempo no creeríamos en su existencia, porque no podemos concebir su in-

tima naturaleza. Para dar pues asenso á los misterios divinos basta que conste de su existencia por una revelacion infalible , basta que conste que Dios los ha revelado , pues la autoridad de un Dios revelante llena todos los vacíos de la menguada capacidad de la razon humana. Esta verdad no puede recibir mejor lustre que de la boca de sus propios adversarios siempre fluctuantes en sus teorías. «El Evangelio es una obra decisiva , dice Rousseau , y esta obra existe en mis manos. Cualquiera que sea el modo por que ha llegado á mí ; cualquiera que sea su autor , yo reconozco en él una obra divina. Solo debe someterse al exámen una cosa para saber si es ciertamente revelada ; mas desde luego que conste serlo , toda duda y averiguacion es un crimen... ¿ Quieres usar bien de tu razon ? Humíllala , anonádala ante la infalibilidad de Dios (19). » « ¡ Oh Dios ! esclama Montagne despues de haber referido los errores de los filósofos y de los pueblos gentiles : ¡ oh Dios , y qué obligacion no tenemos á la benignidad de nuestro soberano Hacedor por haber librado á nuestra creencia de esas opiniones vagas y arbitrarias , y haberla colocado sobre la base inmóvil de su divina palabra ! Todo es vacilante en las manos del hombre : ¿ puedo yo tener el juicio tan dócil (20) ? »

Quiere la filosofía que Dios esté obligado á hacer la revelacion inmediata de los misterios á cada uno de los hombres. Pero ¿quién es el hombre que tenga autoridad para poner un precepto á Dios ? Un príncipe puede por medio de un ministro , de un embajador suyo , manifestar sus designios á otro príncipe ; un maestro , un hombre cualquiera puede comunicar á sus semejantes las doctrinas que posee y sus voluntades por el órgano de tercera persona : y el que manda á todos los príncipes y soberanos de la tierra , igualmente que á todos los hombres , que los ha hecho á todos , ¿ no podria por un enviado revestido de su poder y de su autoridad , dar á conocer á los demás hombres sus perfecciones , sus designios , sus voluntades y las verdades que les quiera manifestar ? Aunque Dios no revele inmediatamente á todos los hombres estas verdades y los pre-

ceptos de la revelacion ; les da sin embargo medios segurísimos por los cuales puedan llegar á su conocimiento. La infinita Sabiduría conoció mejor que el entendimiento circunscrito del filósofo , ser mas conveniente establecer en la Iglesia un tribunal que fuese el oráculo y el garante de la divina revelacion , que no abandonarla al juicio individual de los hombres , que la confundieran con sus falsas imaginaciones y que vendieran sus errores por verdades reveladas : ó si tratara de prevenir semejantes inconvenientes por medios extraordinarios y universales , hubiera subvertido todo el orden natural presente por Ella misma establecido.

En vano la filosofía racionalista acusará á la Fe de que degrada á la razon , obligándola á creer lo que no comprende. No se degrada á una cosa negándole las fuerzas que no tiene. Si la naturaleza me ha dejado en las tinieblas , ó en la incertidumbre acerca de los objetos para mí los mas interesantes , sobre mi suerte del porvenir , sobre lo que debo hacer para evitar una desgracia que temo , para obtener una felicidad que deseo , ¿ violará mis derechos aquel que venga á disipar mis tinieblas , á quitar mi incertidumbre ? Si el ciego es incapaz de conducirse por sí mismo con el solo instrumento que le ha dado la naturaleza , ¿ degradará su condicion el caritativo é iluminado conductor que le estiende la mano y le guia por el camino recto ? ¿ no seria notado de necio arrogante el ciego que desdeñara la doctrina de su maestro que le instruye en las cosas que no ve , contestándole que la naturaleza no le destinó á creer sobre la palabra de otro ? ¿ Cuán falaz es ese orgullo del filósofo racionalista ! *La fe* , dice él , *corta el vuelo de la razon y la degrada*. ¡ Insensato ! « La filosofía no muere ni se debilita por estar á la sombra de la religion , antes bien se vivifica y fortalece ; el espíritu nada pierde de su brio , antes vuela con mas osadía y soltura cuando está seguro de que no se puede estraviar . Al que quiere ser filósofo , sin abandonar la religion , se le imponen condiciones , es verdad ; pero ¿ qué condiciones tan felices ! no ser ateo , ni materialista , no ser fa-